

Crónicas de un olvidado.

Abril Sagols



Capítulo 1

He entrado en bucle.

Mi mente es una mezcla de diapositivas alegres a toda velocidad y de recuerdos intolerantes a cámara lenta.

La primera vez que sentí el ansia de acabar con alguien tendría 8 años.

Deambulábamos mis hermanos y yo por el pasillo de aquel orfanato en busca de un escondite para evitar que el cura nos castigara al confesar nuestros pecados. A Don Pablo le gustaba hacernos tragar su ego con el fin de humillar el nuestro.

Nuestra madre murió en el alumbramiento de Juan y padre huyó con la primera drogadicta/prostituta que se topó nada más saber que venía un tercero en camino. Me quedé solo con dos seres que no cesaban de lloriquear buscando el calor maternal. Estábamos mejor sin madre la verdad... la base era su día y los canutos su noche. Nunca estaba para nosotros y cuando el ansia llamaba a su espíritu encolerizaba con nuestra inocencia.

Capítulo 2

Intentó vendernos a Pedro y a mí estando embarazada de Juan para poder calmar su codicia. Maricarmen, la vecina del quinto evitó la locura de madre encerrándola en su baño mientras nos daba de cenar una sopa caliente y, su hijo, traía la dosis de metadona exacta para que no afectase tanto a Juan. Cuando ella murió Maricarmen pudo haberse hecho cargo de nosotros, le sobraba dinero y un único hijo empresario al que le iba de maravilla. "Son hijos del propio demonio, no quiero más problemas."

Saltamos de casa en casa hasta llegar a aquel lugar. Un orfanato católico donde Dios nos acogería y nos libraría de cualquier mal.

Si el ente existe, que baje y vea con sus propios ojos la atrocidad que nos hicieron vivir.

Capítulo 3

Corría el año 1995 cuando nuestros pies pisaron aquel antro. Pedro tenía 6 años y Juan dos años menos el día que entramos por las puertas hacia una nueva vida. Confiamos en él y en su religión; creímos que en sus manos todo cambiaría y el amor acogería nuestro trauma.

Nada más adentrarnos en su vocación nos desnudaron, nos untaron en una pasta blanca maloliente y nos raparon con el fin de eliminar los piojos y los males que arrastrábamos.

Nos alimentaron y a dormir. A oscuras, separados y sin opción de un abrazo antes de acostarnos.

Podía escuchar el desconsuelo de Juan tras las paredes y a Pedro rasgando el papel que cubría las ventanas. Qué dolor tan inhumano.

En aquel cuarto habitaba, sólo y pavorido, Álvaro con 9 años y varios traumas en la chepa que, tan triste como se podía, leía el Principito. Me uní a él por su pasión a la lectura; nos evadíamos cada noche para amortiguar nuestro deseo en desaparecer. Portaba en su piel las marcas de muchas palizas y tras sus ojos podía entender las ganas que tenía de largarse para siempre. Cuántas noches tuve que ayudarlo a acostarse después de confesar cuánto leía y cuánto pintaba.

Aún siento sus sollozos haciendo eco entre esas cuatro paredes.

Capítulo 4

Admití cualquier vejación hacia mi persona mientras que a ellos los mantuvieran intactos pero no me oyeron.

Cuando Don Pablo se aprovechó de Juan provocándole arcadas degradando su ego sentí la necesidad de acabar con su alma y quemarla en el infierno que Dios había creado con tanto amor. Cuatro años tenía mi hermano cuando aquel cura asqueroso lo castigó por pecar y no terminar la cena, por llorar sin cesar las noches que sólo reclamaba entrar en mi cama, por no hablar nada más que monosílabos. Cuatro años y un tatuaje de por vida.

Hijo de puta... Me imaginé millones de noches las formas en las que acabaría con su avaricia; imaginé como envenenarlo, como ahogarlo, como descuartizarlo, como estrangularlo. Frustrado, reprochaba a mi reflejo lo idiota y lo imbécil que era por no vengarme; me odiaba a mi mismo por ser tan cobarde. Álvaro frenaba mis instintos acercándome a los oídos aquel rock alternativo que su padre, en su momento, escuchaba con tanta pasión.

Cada madrugada contemplaba como disipaba, tras mis sueños, mi felicidad.

Llegué a soñar despierto para acercarle a Pedro y a Juan un poco de cariño. Jugaba a esconderlos, jugaba a negarles la realidad.

Llegué a llorar dormido mientras soñaba con madre.

Capítulo 5

A finales de ese año se llevaron a Juan y a Pedro. Nunca me dijeron dónde. Nunca supe cómo encontrarlos.

Me encerré en mis pensamientos un buen día de agosto y me intenté suicidar. Una botella de alcohol etílico y unas pastillas rojas que encontré por la habitación de Sor Sofía. Nada grave, un susto a las monjas que me encontraron y una alegría para Don Pablo.

Sor Sofía... creo que era la única mujer decente en esa madriguera. Inteligente, amable y simpática. La única que nos protegía, la única que nos quería. Cuánto pienso en ella y en sus pecas.

Tal vez por eso me enamoré de Rosa, imagino que por la semejanza de sus rizos cobres y sus grandes ojos verdes. Supongo que por la similitud del amor que pretendió regalarme.

Rosa intentó salvarme de lo que caminaba tras de mí, pero extinguí de un plumazo toda ayuda posible. Nunca entendió mi odio a la vida y jamás comprendió la forma en la que la amaba. A veces fui duro con ella, otras fui peor. Pero la quería con todo mi ser.

El día que me dejó escaparon de su garganta los vocablos que culminaron mi ego. "Eres igual que tus padres."

Tirado hacia un lado, medio inconsciente tras aquel chute, observé con precisión como de sus labios salía tal golpe de verdad. Chocó contra mi pecho y cerré los ojos. Era como una quemadura; recorría un escalofrío por todas mis vértebras mientras se concentraba el dolor en los pulmones hasta evitar exhalar mi último perdón.

La olvidé tan rápido como los temblores me permitieron. Clamé su ausencia durante semanas y fantaseé con volver a sentirla. A Rosa no pude olvidarla. Creo que el amor es la droga más dura que hay y de la única que aún no sabemos cómo desengancharnos.

Capítulo 6

En 2005, cuando por fin cumplí mi pena en aquella cárcel lo primero que hice fue correr hacia algún lugar donde pudiese sentirme seguro. Cogí aire en una parada de autobús que encontré de casualidad y me subí en el primero que llegó. Otra casualidad fue que su última parada era el aeropuerto.

Siempre quise quedarme con el sentimiento de que mis padres nos querían aunque no hubiesen pensado en nosotros. No los culpo. La juventud, la madurez, la experiencia... muchos factores. Tampoco venían de familias fáciles/normales. Cada vez que empiezo a odiarlos me pongo en sus zapatos para comprenderlos... aunque siempre encuentro soluciones lógicas a errores graves pero me limito a su coeficiente. Lo que sí me enseñaron las monjas fue a amar a una madre, no a la mía sino a la Virgen. Yo lo extrapolé más allá y lejos de ser la mía propia busqué y busqué obsesionado por el mundo una mujer a la que sabría amar.

Con Rosa lo intenté y pequé.

Aquella tarde de noviembre, con par de turbulencias, ya estaba en mi nuevo hogar: Mahón

Capítulo 7

En 1997 me aislaron con los más débiles con el diagnóstico de niño psicótico. Una camisa de fuerza por cortos periodos, electrochoques y algún abuso que otro. Supongo que para encauzar mi delirio.

Para mi entender, sólo era un niño creativo, con mucha imaginación, al que le gustaba leer y perderse en el mundo de las letras. Me gustaba esconder un trozo de mí en cada libro leído. Enterraba en el jardín de atrás una hoja de cada uno con mi parte favorita y algún objeto que hacia mi amuleto nada más encontrarlo. "¡Oh! una piedra... ! Vaya qué bonita... y qué casualidad que me la haya encontrado. Seguro que fue el destino y significa que me dará suerte." Me agarraba a un palo ardiendo. Sor Sofía decía que era optimismo; yo creo que era idiota.

Cuando pisé el aeropuerto de Mahón quedé estupefacto. Cuánta gente con sus maletas de un lado para otro; estresados, felices, cansados, libres. Y yo allí, solo... sin saber siquiera que pasaría conmigo.

No fumaba pero pedí un cigarrillo al primer taxista con el que me topé. Manolo, un buen hombre. Me habló de Ciutadella y de lo mal que estaba con su mujer, del poco trabajo que había en invierno y lo bien que se ganaba en verano. Podría haber dado la vuelta e irme pero me pasó exactamente lo mismo que con la piedra.

Da la casualidad que en Ciutadella, de noche, un sábado, mientras trabajaba, conocí a Rosa. Aquellos rizos cobres saltaron hacia mí arrasando mi chulería. Me debilitó cuando chocaron nuestras pupilas y quedé idiota perdido. Madre mía... y eso que a mí las pelirrojas no... pero, como todos decimos, ella era distinta.

Capítulo 8

Me enamoré de su cerebro, follé su mente tantas veces como quise. Era increíblemente inteligente. Aprendí de ella todo lo que en esta vida nadie me había enseñado, desde a quererme hasta a superarme, pero yo no me enteré hasta que la perdí.

Me quiso todo lo que no le cabía. Me cuidó como yo jamás haría. Me cambió, literalmente, la vida. Me rescató de mis traumas y de mis errores, lloró cuando yo no podía más, me abrazó cuando entraba en pánico. Me hizo reír. Bailó mis torpes pasos, burlaba mis caídas y acariciaba mi pelo mientras se dormía.

¡Cuánto la echo de menos! ¡cuánto echo de menos a Juan y a Pedro! Pedro tenía una magia interior increíble. Lo recuerdo corriendo por aquellos pasillos imaginando que tras la segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer encontraría un maravilloso mundo. Supongo que su subconsciente lo estaba guiando a otra realidad para poder superar su infancia. Lo malo de aquello es que de tanto escapar, de tanto ver otra realidad y creer que todo te irá bien en algún momento tras mentirte llega el karma. ¿Por qué el karma? Por ser gilipollas, sin más. Llega un punto en que te vuelves egoísta. Muy egoísta. Escapas y mientes, mientes y escapas.

-Yo creo que todo lo que encuentro o aparece en mi camino me dará suerte.

-¿Yo te doy suerte?

-Sí...

-¿Por qué?

-Porque me haces feliz.

Aún siento el espinar quebrantar al notar su mano pasar por mi espalda. ¿Si de verdad Rosa me hacía feliz por qué la traté así? No se lo merecía, no me merecía. Consiguió que me amase, que me viese tal cual era y aceptase mi pasado sin llamarlo error. Me hizo ver que nada de lo que había pasado era culpa mía. Y cuando mejor persona era, cuánto más la quería, fallé.

Le fallé.

Capítulo 9

Aquella calurosa noche de Julio del 2006, después de servir litros y litros de garrafón, me fui a mi humilde morada con la esperanza de soñar con los rizos de la pelirroja más pecosa que me había encontrado. -¿Amor a primera vista?- pensaba. No sé exactamente lo que fue, lo único que sé es que no salía de mi cabeza.

Andrés, el portero más bajito de toda Ciutadella, llamó desesperado a mi puerta.

-Tío, no son horas.

-Sabía que no estarías durmiendo... traigo unas birras y algo más interesante- sonrió.

-Son las seis y media, Andrés... que pretendes a estas horas.

-¿Bajar a la Iguana? Con tanto porro que te fumas estás quedando para el arrastre. Mira que tengo... de la buena, pura totalmente, de la mejor que ronda por ahí. Vamos, prueba un poco...a ver si así follamos de una puta vez.

-Estás loco, chaval, yo paso.

-No seas maricón, ¿viste a la pelirroja que entró hoy? imenudas tetas!

-Sí, creo que me he enamorado.

-¡Qué coño dices! en serio, a ti te han pegao en casa, ¿no?

-Gilipollas... ¿está abajo?

-Si la pruebas te lo digo.

Suspiré.

-¿Y bien?

-Sólo porque tengo un sueño de cojones y tengo que follarme a esa tía, si no pasaba. Trae anda.

A la mañana siguiente me desperté resacoso, sin agua y solo.

Cuando me estaba duchando en agua fría vi un número de teléfono dibujado en mi brazo izquierdo, cerré el grifo con el derecho sin sacar la mirada de esos dígitos y me senté en el váter. Faltaba uno.

Capítulo 10

Como un loco marqué las posibilidades que existían pero en ninguno la encontré. Ni siquiera sabía si era el último número el que faltaba, si sería por el medio o si podría ser verdadero...

Con la esperanza de que Andrés supiese algo probé a llamarlo.

-En serio, ¿ya estás despierto?

-Ahora tú también, ¿por qué narices tengo un número de teléfono en mi brazo?

-¿Qué dios?

-¡Qué despiertes!

-Joder macho, que alterado te levantas... ¿qué hora es? seguro que no son ni las cinco...

-Casi, cuatro y media... te espero en el Vincent's, tomamos unas cañas y a la cala antes de reventarla hoy también?

- Dame tiempo para procesar... tú espérame allí.

Andrés apareció de noche en el trabajo acompañado y yo, tan cansado como estaba, no pude evitar enrollarme con ella en el baño. Tenía algo que me enganchaba, algo que me hacía sentir fuerte, vivo, alegre, feliz, libre.

Después de terminarnos, entre los dos y algún acoplado que encontramos, dos pollos enteros acabamos tirados en el puerto comiendo un bocadillo de albóndigas.

Esa noche no la encontré, tal vez sus vacaciones habían terminado o tal vez tenía tal resaca que se habría quedado durmiendo en el hotel. Ni idea de como volver a encontrarla.

-Joder tío, menudo morao. Creo que me retiro... que nochaza.

-Espera, me hago un porro y vamos.

-La morena de ayer me envió un mensaje, dice que estarán en cala'n bosch todo el día.

-¿Qué morena?

-¡Venga ya, tío! ¡Ila de la pelirroja! no te acuerdas del after, ¿no? jaja

-¿Tienes su número de teléfono?

-¿tú no?

-Te dije que tenía uno pintado en el brazo... pero ni puta idea de quién es...

-jajaja eso te pasa por no llevar el puto móvil contigo, sería la pelirroja.

Yo me lié con la morena y parece que les caímos bien.- Decía mientras me daba con el codo.

-¿Me he liado con la pelirroja? Venga ya... si ni me acuerdo.

-Qué va, tú eres medio maricón. Le dijiste que le llevarías flores todos los días o no sé que chorrada.

-Joder..

-¡¡Si la tienes en el bote!! Un poco más de chorradas de esas y ya está

gimiendo encima tuya.

Sin dormir, exhausto pero emocionado pasé el verano, y el resto de esos años, a su lado.

Con Rosa también, de cala en cala, de beso en beso, de lloro en lloro, de abrazo en abrazo. Fue la primera en saber todo mi pasado y no mi presente. Fue muy fácil contarle lo que viví y muy difícil explicarme los motivos de mi situación. Pensaba que no tenía importancia, creía que lo iba a dejar cuando quisiera y que, si se lo contaba huiría. Ni siquiera fumaba tabaco. ¡Qué coño le iba a contar!

Diecinueve inviernos calzaba mi pequeña, veinte ese diciembre de 2006. Y yo, tan malote como podía chuleaba de tener veintitrés, que en realidad en noviembre de 2006 cumpliría diecinueve.

Hablaba de irnos juntos allá donde el amor nunca termina y yo siempre imaginaba sus largas piernas rodeándome. Eso sí era infinito. Me quería a su lado, me quería de su mano.

Me soltaba en cuanto mi agonía desaparecía; era adicto a sufrir, a culparme, a atacarme.

Me sentía solo, olvidado, abandonado. Nadie me entendía, nadie leía lo que clamaba en breves textos ni en largos versos, nadie... nadie... excepto ella.

¿Había algo que estuviese haciendo mal? Me frustraba con Rosa, me enfadaba con ella, le gritaba, me gritaba, me insultaba, le insultaba... Nos odiábamos todo el tiempo y nos amábamos el resto... ¡qué poco la aproveché en aquel momento!

Tal vez fue blanca con su adicción la que me arrastró, tal vez fue Andrés con sus novedades, y tal vez aquel caballo que me atropelló.

En el segundo trimestre de 2008, en Abril aproximadamente, la dejé. Jueguitos de un idiota que quiere... no sabe qué. Luego corría detrás de ella implorando un poco de cordura a mi gilipollez. Después volví a dejarla. Entre paso y paso tiraba porque me tocaba y así un sinfín de dolores incurables que le marqué.

Rosa siempre estuvo ahí, esperando que rectificara cada error, anhelando encontrar en mí lo que escondía tras mis sueños. La deseaba a ella, en una isla desierta. Solos, sin rencores, sin pensamientos, sin traumas. Escogí mal...

Capítulo 11

y tan mal...

En cada paso que daba conocía a alguna que quería divertirse un poco. Andrés les llamaba comebolsas.

La bolsa les encantaba pero también lo que escondía tras mis pantalones. No éramos más que zombis satisfaciéndonos unos a otros. En mis estados de mayor plenitud, en los que mi razón ya no existía y ellas mandaban, jugaba a ser el duro sin sentimientos que gozaba de la vida y buscaría la forma de vengarse de todos los que en su día arruinaron la mía.

A mediados de Agosto del 2010, en pleno auge de trabajo decidí actuar y no esperar más. Cogí a Andrés por un brazo y me lo llevé a casa.

-¿Qué ostia haces?!

-Ven conmigo, luego te lo explico. Venga vamos, muévete.

-Esto está petao, tio.

-Qué vengas, cojones! Te recompensaré.

Empecé a llenar una mochila con enseres innecesarios, estaba nervioso y decidido. Andrés no entendía y tan normal.

-¿Me puedes explicar que cojones está pasando?

-Nos vamos a una iglesia de Zaragoza.

-¿Zaragoza? ¿IGLESIA? Deja las putas drogas, son las 5:00 am. y deberíamos estar trabajando.

-Andrés, ¿quieres ganar dinero?

-¿¿Me estás contando que vamos a robar en una iglesia?? Ahora sí que sí, perdona que me ría pero esto ya es por de más-

Andrés caminaba en círculos, se pausó, dio tres toques con la cajetilla de tabaco sobre la mesa y se preparó un tiro para aguantar del tirón mi no tan obra maestra.

-No vamos a atracar ninguna iglesia, es más tú no vas a atracar nada. Sólo te necesito para que entretengas a la Jenny y me acompañes hasta allí para vigilar.

-¿La Jenny? ¿la puta yonki esa? ¿Vigilar?-

Aquel polvo blanco subió por su nariz de tal forma que pude notar el cosquilleo en el cerebro y aquel sabor agrio en la garganta. Me preparó uno para mí mientras yo liaba un porro para contrarrestar.

-Te explico. Tengo un amigo en Madrid...

-¿Pero no íbamos a Zaragoza? Me estoy perdiendo, macho.

- Cállate ostia, déjame hablar o quedas en tierra.

-No sé yo que será mejor.

Mi mirada fue fulminante.

-Vale, vale. Sigue...

-Tengo un amigo en Madrid que me ha preparado un trabajo gordo. De

ahí sacaré la pasta, no puedo contarte mucho más. Sólo te diré que tengo que estar allí el martes 21.

-Hoy es 17...

-Ya.. salimos mañana por la mañana en el primer ferry que aparezca, por eso te necesito, más bien te necesito a ti y a tu coche.

-¿Para eso nos vamos a las putas cinco de la mañana para salir mañana? ¿Me estás puteando?

-En serio, me vas a dejar terminar? Ahora nos vamos a junto de la Jenny. Tú la vas a entretener con ese caballo maravilloso que tienes, en cuanto esté más para allá que para aquí yo le saco sangre. Nos venimos para el puerto y salimos para Barcelona.

Andrés, ojiplático, le daba caladas a ese porro como si fuera el último.

-Parece que no puedo preguntar nada, verdad?

-¿Tu quieres la pasta?

-Depende de cuánta sea.

-Andrés, cuando digo pasta es pasta. No una limosna. Si todo sale bien llevaremos un buen pellizco.

-En menudo lío me vas a meter, seguro.

-Si no quieres no tienes por qué involucrarte en nada. Sólo te pido que entretengas a la Jenny, y que me lleves a Madrid... bueno y parar por Zaragoza. Es un recadito de nada, será rápido y de noche. Sólo vigilarás que no entre nadie en esa iglesia. Una vez en Madrid puedes volverte si quieres... si todo sale bien volveré en unos días y te recompensaré.

-Ok, hecho.

Me extendió la mano y tres tiros después bajamos al garaje de la Jenny.

Capítulo 12

Mientras bajábamos hacia el garaje de aquella yonki yo no cedía en pensar en otra cosa que en las rosas que nunca le regalé, en los besos que no rogué y en los errores que me callé.

Estaba cagado, literariamente, literalmente y explícitamente. Tenía miedo de no volver a verla, de que la viese de más, de cansarnos, de arrepentirnos, de que apareciese un cualquiera que le regalara el oído. Creo que era miedo de lo que estaba sintiendo y no saber cómo sanarlo.

-Hemos llegado. Ahí la tienes... se supone que yo le ofrezco lo más puro y tú haces lo tuyo, ¿no?

-En cuanto esté perdida yo actúo. Voy a fumar un porro aquí y luego entro.

-Ok. No tardes, que esta tía es más rara que pa' que...-
Asentí.

Andrés sólo tenía que regalarle lo que a ella más le gustaba y yo robarle un poco de lo que la mataría al fin y al cabo.

Rodeado de zombis no era buen sitio para pensar en Rosa pero mi cabeza no paraba. La echaba de menos, tanto que el vello brotaba recordando su olor. Cuánto deseaba que estuviese a mi lado, en un sofá, en una casa, nuestra casa, con un montón de niños felices corriendo de un lado para el otro. Con ella todo era paz. Tenía lo que no me habían dado nunca y sentía que era inmortal si en mis labios yacían los suyos.

En un momento, en esos en el que los porros te hacen desvariar, me acordé de Pilar.

Estaba pensando en empezar a persignarme cuando entrase a por la Jenny, cuando llegase a iglesia o cuando tocase suelo en Madrid y recordé que ella lo hacía todos los días.

Pilar, con unos 63 años y viuda de un militar, era la vecina que tenía al llegar a Ciutadella; puerta con puerta y un mundo entero el que nos separaba.

Veía ese gesto todos los días y cada vez que lo hacía besaba el crucifijo que tenía colgado en la puerta, lo acariciaba y susurraba: "que Dios nos proteja".

Murió atropellada cuando salió a por el pan como cada mañana. Un mal golpe. No la protegió ese día por mucho que persignase, así que de mi cabeza volaron esos pájaros que pretendían agarrarse a una mínima esperanza de que había algo que velaría por mis deslices. Algo que pretendieron confundirme a ostias -de sagradas poco pero cómo sangrabas- como becerro que sigue a su pastor hasta el fin de sus días creyendo en él, pese a todo, frente a todo. Haciendo y deshaciendo todas sus ataduras, cada cual más caradura, sin pensar en el resto, en los que le siguen ciegos de fe, de amor puro e incondicional.

Yo, que padezco "déficit de atención", tuve la suerte de quedarme con lo poco que atendía y nunca llegó a cautivarme. Las únicas que sé, que no

son más que dos, son las que me recitaba madre con aquella dulzura antes de dormir acariciándome el pelo... ¡Ay, mamá, por qué te habrás ido tan rápido!

-Tío! se está quedando ko..

-Ostia! voy, voy... se me estaba yendo la olla.

Distraído, y un poco ido, entré en aquel habitáculo. Juraría haber escuchado la voz de Rosa queriendo saber que pretendía. Giré de golpe y no estaba más que Andrés esperando mis movimientos.

Con Jenny tirada en aquel cemento polvoriento decidí sacar sangre como Rosa me había enseñado antes de irse a un hospital de Barcelona.

-¿Por qué? En serio, ¿no podía haberme dicho que se iba? Está con otro seguro, ya me habrá olvidado, estará por ahí de fiesta y yo aquí, Jenny... y yo aquí. Todo me recuerda a ella, hasta contigo, tía... hasta contigo. Qué cojones me habrá dado...

¿Sabes? seré un iluso por pensar en cierto modo así y un idiota profundo por encasillarme más en ello, pero creo que de las drogas se sale... de un amor así... uno no recobra la cordura ni para morir...- Suspiré. Aquello casi ya estaba y ella ni se había inmutado. Qué mejor que desahogarse y que no te escuchen. Ya me escuchaba yo.

Capítulo 13

Desde la popa del ferry flipaba con el amanecer y sus colores. El sol pintaba rezagado el cielo y el mar de un color naranja pálido mezclado con ese rosa de los chicles Boomer. Era una explosión de arte natural. Mi imaginación saltaba de nube en nube dibujando sus perfiles. Era inevitable... pensaba en ella otra vez, como no. Claro que la echaba de menos... desde el primer día que la conocí.

Guardaba aquella nevera roja portátil como si millones guardase. No los tendría pero para mí los valía.

-¿Qué piensas, macho?

-Nada, tío. Llevo un colocón de cojones y se me estaba pirando la olla con las nubes.

-jajaja baja anda... es mejor que vayamos a dormir a cualquier esquina que encontremos que "mañana" tengo que conducir... ¿o lo llevas tú?

-Yo, pero ¿un porrillo y vamos?

-Joder, que liante.

-No tengo sueño, tío...

-Ahora en serio, ¿en qué pensabas?

-Rosa...

-¿Otra vez? Pero... bueno claro, trabaja en Barcelona...

-Justo...

-¿Y qué pasa? No nos da tiempo a pararnos a nada, ¿eh? que vas con el tiempo justo.

-Que no es eso... déjalo anda. Chorradas mías.

-Ok, mejor. Ahora no me da la cabeza para amoríos. ¿Te importa? Sujeta aquí.

Andrés me pasó un trozo de papel de aluminio y yo, inocente como era, lo sujeté sin preguntar. Lo preparó y empezó a inhalar.

-¿Qué es? ¿coca?- pregunté idiotizado.

-Mejor...

-Venga ya, tío. Eso no. Eso sí que es mierda.

-Pruébala. Ya verás si es mierda o no.

-Paso.

-Venga anda... prueba... no seas maricón.

-¡Qué paso! En nada ya estás consumido como la Jenny mendigando chupadas por un puto colocón.

-jajaja como la Jenny, sí. Inhalada no es tan adictiva, es controlable.

- Tú sabrás. Pero esa mierda delante mía no la tomas. Me piro a dormir.

-Bah, buenas noches... o días jajaja- Andrés reía descolocado y de tanto reír dormido se quedó contra los barrotes. Qué vergüenza... Lo tapé con su cazadora y seguí observando el mar, las nubes, los pájaros, la libertad. Envidiaba a las aves por la suerte que tenían de viajar a donde quisieran en cualquier momento, sin explicaciones, sin dinero, sin nada que perder

más que la propia vida.

Después de siete horas y media de mar, y de aguantar los vómitos de Andrés, por fin llegamos a puerto.

Tres horas y seis minutos es lo que tardamos en llegar a Zaragoza. Tres horas y diecisiete minutos es lo que tardé en localizar a Don Pablo en Plaza del Portillo.

De mi subconsciente empezaron a salir fotogramas de Juan, de Pedro, de Sor Sofía, de Álvaro y de sus repugnantes ojos. Brotaba odio por mis poros, transpiraba rabia. Cerré con fuerza los puños y respiré. Veinte veces "No" y un último suspiro.

Ocho de la tarde, última misa, última oración.

Entré y me persigné.

Fui a confesarme y pequé.

Ataqué de repente a Don Pablo mientras intentaba realizarme el examen de conciencia. Taponé su boca con un trapo blanco tan puro como mi hermano Juan en el 95. Oprimí su cuello como si pretendiese explotar un globo, conté hasta diez y solté. Até sus muñecas y tobillos con una brida y escupí.

-Hombre, Don Pablo. Nos vemos de nuevo... ¿qué le parece? ¿se acuerda de mí? ¿el orfanato? ¿mis hermanos? Con tantos de los que abusaba no me extrañaría nada que no lo recordase. Tengo algo que decirle.- Decía mientras apretaba los nudillos.

Veintidós años llevo ya encima de los cuales catorce han sido un infierno por su culpa.- Mientras hablaba de la nevera roja sacaba dos jeringuillas.- Trece sin saber de mis hermanos pequeños. Sin saber cómo encontrarlos.- Suspiré.

Aquí tengo un pequeño escarmiento que manda tu Dios para que sufras en silencio lo que te quede. El karma siempre vuelve, sólo hay que forzarlo un poquito de nada.

Temblando clavé la primera inyección en esa piel dura de cerdo mientras él intentaba zafarse sin éxito. Una en cada brazo, una en cada vena.

Retiré el trapo de su boca y limpié su sucio sudor.

-¿iQué has hecho!? ¡Estás loco! SOCORRO, SOCOR...

-Shh, shh... Tranquilo. No pasa nada, no es más que un poco de sangre de una enferma de VIH y la heroína que le gusta meterse, nada grave.- Sonreí malévolamente.

Un sonido estremeció mi piel como si perdiera el alma. Algo había caído fuera de esa capilla y el miedo a que me descubrieran alborotó mis nervios y mis planes. Levanté el brazo derecho como quien va a soltar un bofetón y me agarré el pelo. Apreté mi nariz y me asomé.

Ojiplático me quedé al ver que el provocador del ruido era Álvaro.